

# Como amigo FORREST GANDER

narrativa sexto piso



**Como amigo**

**Como amigo**

**FORREST GANDER**

TRADUCCIÓN DE PURA LÓPEZ-COLOMÉ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*As a Friend*

Copyright © Forrest Gander, 2008

Primera edición: 2013

Fotografía de portada  
RAYMOND MEEKS

Traducción  
© PURA LÓPEZ-COLOMÉ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013  
Paris 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-24-1  
Depósito legal: M-9846-2013

Impreso en España

*Para Brian Evenson*

*Acaso todos los libros sean simplemente la expresión escrita de una amistad en busca de sí misma, la amistad de un extraño convertido en nuestro doble: cómplice y adversario.*

Edmond Jabès, *El libro de los márgenes*

## ÍNDICE

El nacimiento	13
<i>Clay:</i> «Paisaje con hombre a quien mata una serpiente»	29
<i>Sarah:</i> Más allá, sólo monstruos	87
<i>Les:</i> Algunas tomas de la entrevista cinematográfica	121
Reconocimientos	133

# EL NACIMIENTO

¿Y dónde estará el padre biológico de la criatura que va a nacer? A varios estados de distancia. En un remolcador de Nueva Orleans, en violentas aguas del golfo. Tampoco es que vaya a remontarse río arriba de regreso, con la paga de cinco semanas en la bolsa y sus botas de piel de anaconda, con tal de morderle la hermosa oreja a una muchacha, a sabiendas, sólo a medias y cada vez menos y menos, de que comprometería su carismática y odiosa condición con quién sabe qué triste persona capaz de entreabrir los labios, recibir su catarata de mentiras y tomarlo por quien no es, desde luego.

La madre de la muchacha encinta (niña, dirían algunos) pone su *Biblia del Rey Jacobo* en la silla de mimbre, junto a la puerta del segundo piso. Luego, entra a la habitación.

Con la misma mirada con que reconoce a su hija, en camisón de algodón y calcetas largas, agitándose en la cama y gimiendo, distingue los estribos metálicos vacíos, sobresaliendo como extrañas palancas a los lados de la cama: con su frío metálico resplandor,

a la luz de tanta fatiga y ansiedad, parecen autorizar el sufrimiento.

—Ay, hijita. —Con la boca seca, la viuda está de pie al lado de la puerta, y su alocución compasiva, sin la suficiente fuerza articularia, se disipa en el aire. Su hija, sin notar su entrada, se mece sobre manos y rodillas, entre los resplandecientes estribos, jadea, de cara a la pared, limpiándose el sudor contra el colchón. Le falta el aire, se rueda de costado, agotada y enorme: su vientre protuberante sobresale como la cabeza de un remache entre el delgado camisón. Delante de la cama, una ayudante, no mayor que la muchacha en trabajo de parto, se recoge un mechón de cabello castaño de la mejilla, con los hombros caídos.

Mientras tanto, la muchacha encinta se retuerce sobre la espalda, agarrada al colchón. Otra ayudante adolescente de miembros largos enrosca y desenrosca las piernas en las patas del banco donde está sentada, al fondo, contemplando el espectáculo. Su despreocupación sugiere que nada de esto es nuevo para ella. Echa una rápida mirada sobre la viuda, congelada junto a la puerta. Sus ojos se encuentran. Luego deja de masticar chicle y vuelve de nuevo la vista al increíble vientre.

Desde el rincón más lejano de la habitación, donde están el lavabo y la palangana, llega dando zancadas

la partera, de cabellera negra como la crin de un caballo, joven, aunque les dobla la edad a sus dos ayudantes. Viene escurriendo un trapo blanco. Se sienta en la orilla de la cama, le limpia la saliva de la boca a la parturienta. Acusa la presencia de la viuda apenas con un asentimiento de cabeza. Un minuto después, pone el trapo a un lado, le acaricia la mano a la chica y le habla en voz baja.

«Quién es ella para juzgarme», la viuda susurra a sus adentros.

Debajo de la palangana hay algunas colchas viejas dobladas sobre el piso. Aún pegada a la puerta, mecándose desigualmente sobre los talones, la viuda reconoce el bordado clásico de la primera: «Votos de amor en la cabaña». Durante el verano y el otoño de la enfermedad terminal de su esposo, se había hecho el propósito de bordar colchas en el porche; se quedaba dormida allí mismo, noche tras noche, envuelta en una de las colchas sin terminar. La peste de la enfermedad en el interior le resultaba insoportable.

Ahora ha entrado a una habitación donde el vientre de su hija eclipsa toda imagen propia, y no sabe cómo proceder. Se siente superflua, incapaz de reconciliarse con este contratiempo. Creía haberle dado a la chica la preparación suficiente para enfrentarse a estas circunstancias. Sin embargo, ella siempre parecía dispuesta a encarnar toda potencial decepción

que pudiera imaginarse, discutiendo de más con sus maestros, negándose a ir a misa, llevándose el coche de noche y sin licencia. ¿Dónde habría aprendido a conducir? En los últimos meses, no hacía más que comer, enfurruñarse, aumentar de tamaño, cada vez hablando menos y menos, como si su energía, los restos de su juventud, la absorbieran por dentro, consumiéndola. Como si la criatura le estuviera chupando lo poco que quedaba de una relación medianamente cordial entre madre e hija. Y a veces daba la impresión de estar acumulando sentimientos en forma de castigo, como si ella, su madre, de alguna manera tuviera la culpa de todo.

Le castañetean los dientes, y la viuda voltea la vista de nuevo a las colchas sobre el piso. Alguien debería tomar una. Luego se percata —cómo desviar la vista— del tremendo vientre transformándose. Lo ve agrandarse dramáticamente, como si fuera una montaña, empujándole la cabeza y los hombros a la chica hacia delante y las caderas hacia arriba. Las piernas se extienden y el camisón se le levanta, poniendo al descubierto una extraña mácula de carne, ano y vagina pintados de yodo, dos oscuras formas de corazón. Sobre la más grande, aparece un hilillo de sangre.

La ayudante del banco deja de masticar chicle.

Con una compresa húmeda en la mano, la otra se detiene junto al lavabo. Lentamente, la partera toca

el enorme vientre. Y justo cuando la palma se posa encima, un chorro de agua se proyecta entre los muslos con un pequeño estallido.

Durante los minutos siguientes, la viuda siente que su falta de participación va en aumento. Observa a la segunda ayudante brincar del banco y agarrar del estante un montón de toallas. La partera toma los mojados, hinchados tobillos, se los cruza junto con las piernas, repitiendo con calma:

—Respira, no pujes; respira, no pujes.

Y, de pronto, comienzan los gritos de la muchacha, agudos y punzantes como silbato de perro, apenas perceptibles. Luego las contracciones dominan el aliento. Palidece, y furiosamente maldice no a su mamá, no al negligente padre, sino a las chicas que han tomado sus posiciones a ambos lados de la cama para acomodarla de costado. Aúlla una sarta de atrocidades abominaciones que conllevan el nombre del Señor, cosa que la viuda nunca antes había escuchado.

—¡Ay, Dios mío! ¡Maldita sea! ¡Coño, me estoy desgarrando! —Entonces, susurra—: ¡Se me están saliendo las entrañas! Ay, Dios, Dios mío.

Gruñe y se contrae.

—No hagas eso —rezonga una de las chicas, en son de regaño—. ¡Vas a lastimar la cabeza del bebé!

Pero ella sigue gruñendo, y se contrae de nuevo y puja, y la partera dice:

—Está bien, no importa.

Le levantan las piernas hasta los estribos y se las amarran con dobles cinturones de seguridad, dos en el pie y dos en el muslo.

—Puja hacia las nalgas —le exige la partera—. Así, querida, así, anda, ahora puja.

La mano de la partera sobre la rodilla desnuda. Su voz tranquila da instrucciones a las chicas para que le den masajes en los pies y las pantorrillas.

Sólo que las contracciones no llevan buen ritmo, son como un volcán por dentro. Pasa una hora. Las convulsiones se apoderan de la chica, la intimidan. Su madre, a unos metros, permanece inmóvil como la efigie de un espectador, transfigurada por la abertura en ángulo entre los muslos pintados de yodo de su hija, donde un parche de pelo amarillento ahora comienza a presionar hacia afuera. La vagina redonda como un anillo metálico, con su delgada y brillante membrana interior.

La hija puja, exhausta: su cuerpo es un animal que la devora.

—No sale —dice, en son de súplica—. ¡No quiere salir! ¡No puedo respirar!

Les es uno de esos escasos seres extraordinarios en el sentido más amplio del término. Desde su accidentado nacimiento parece portador de un destino tan intenso como terrible. Lo mismo inspira fascinación por su gran belleza e inteligencia, que envidia entre sus más íntimos amigos, que disfrutan y padecen de manera constante su magnetismo. *Como amigo* narra su historia con el sur rural de Estados Unidos como melancólico trasfondo donde él mismo, su amigo y rival Clay, su esposa Cora y su amante Sarah se ven envueltos en una trama de amor y celos, donde todo gira y confluye en torno a Les.

El resultado es un libro hermoso y trágico a partes iguales, donde queda de manifiesto en cada página la vocación poética de Forrest Gander, que ha escrito sin duda una pequeña obra maestra.

«Como amigo es un libro perturbador, inolvidable y encantado... requiere ser leído con lentitud, para ser revelado como un secreto o descubierto como un tesoro».

JEANETTE WINTERSON, *The New York Times Book Review*



narrativasextopiso

